

Alfredo Nistal (1)

Humano ciclope

(Romances)

I.

PRELUDIO



UATRO calles a cordel,
cuarenta cubos de adobe,
plaza en cuadro, rollo en medio,
blanca iglesia y mocha torre:
Cañete de los Confines,
mesura de humos y bronces,
levanta en el zastro mítico
voz antigua y eco joven.
Espesuras desgrenadas,
que bajan de monte en monte,

(1) Escritor español, residente desde hace algunos años en Chile. Nacido en Madrid el 9 de octubre de 1895. Los romances que ahora publica «Atenea», forman parte de un Romancero que lleva igual título. Ha escrito, además, un ensayo biográfico sobre el Presidente chileno José Manuel Balmaceda.—N. de la D.

sitian la puebla y la colman
de su aliento y sus clamores.
En los juncos de la lluvia
el viento mete sus hoces.
Juncos de lluvia en el viento,
a la orilla de la noche,
doblados del talle, al peso
de una humareda de flores.

II

PARTIDA

Rebato de medias voces
en la plaza de Cañete.
se colman sobre el gentío
cincuenta quietos jinetes:
la adarga sobre el arzón,
lanza en cuja y rienda breve.
Luengos tabardos anublan
relumbres de los arneses.
Azufra el véspero lívido
las crestas de los almetes.
Al hombro el arco y la aljaba,
doscientos indios pehuenches
embozan figuras graves
en sus chamantos alegres.
Hidalgos en torno, abiertos
de piernas y de desdenes,

hundidas las barbas duras
en capas de recios pliegues,
derribados sobre el rostro
los chapeos relucientes,
hacen un corro de sombras
a la ensombrecida lueste.
Y asoma a los quicios negros,
que raya en gris la intemperie,
tal que otra dueña, el refajo
sobre las tocas de nieve.
Don Alonso de Reynoso,
gobernador de Cañete,
flotante el manto de grana,
yelmo con tres plumas verdes,
cabalga y caracolea
en un potranco vehemente.
Los pífanos y atabales
abren el «ballet» de siempre.
La trompa rompe la marcha,
se achica, se hunde y se pierde...

Noche, viento y lluvia rondan
soledades de Cañete.
Ateridos centinelas
se llaman de fuerte a fuerte.

III

EMPRESA

El agua cielos abajo,
en desmelenada fuga;
el agua en la tierra madre,
buscando a locas su cuna;
labios del agua, con besos
de terca y fría ternura;
brazos del agua, colgados
al cuello de selvas mustias,
habla del agua, inefable,
como el amor y la música;
cuerpo caído del agua,
rodando por las honduras . . .

Terruño cresco de montes
ya se empina o se derrumba,
cargados los rudos lomos
con arboledas convulsas.
Encabritados repechos
van al vértigo y la furia.
Súbitos y escurridizos
esguinces de las alturas
acaban dando de bruces
en brazos de yertas lunas;
brazos de sombra, cuajada
entre pulseras de espuma.

Por un zodiaco de albures
culebrea la columna,
de mano de la cellisca,
los ojos y el juicio a oscuras.
Caballeros y peones,
sartas en hilo de bruma,
se enhebran unos tras otros
en el azar, la figura
del ente que va delante
por norte estrella y brújula.
Para su aguado capote,
curtido guerrero rumia:
— ¡Pésia a mí, bravo aquelarre!
¡Linda tierra para brujas!—
Y algún bachiller en sueños
fantasea y se pregunta:
— ¿Sería tal cual el caos
que pintan las Escrituras,
antes que apartara Dios
los gallos de las lechuzas?—
Mas aun los tiempos confunden
sombra y luz, veras con burlas.

La hueste parada está
en un nimbo de penumbras.
Es un caracol de riscos,
por cuya osada voluta
caudal salido de madre
despeña sus aguas turbias.

Cauce arriba y pecho al agua,
la tropa remprende ruta.
El raudal revuelto al cuello,
asido a petral y grupa,
hombres y caballos juntos
jadean, gimen, trasudan,
y cuando al cabo coronan
cumbrales de Nahuelbuta,
del barro del paraíso
parecen frescas hechuras.

Recobran resuello todos.
El pulso las sienas punza.
Delante se ofrece un llano
y en él, un cerco de rucas.
Quitándose de los ojos
los cabellos de la lluvia,
un breve punto contemplan
la mansa visión, tan pura...

Mas pronto, con altas voces
de guerra, que al eco asustan,
del acto de sangre cumplen
la milenaria liturgia.
Estalla latir de canes,
resuenan gritos de angustia,
febles vocezuclas lloran,
los arcabuces retumban.
Don Alonso de Reynoso,

seguido de rala turba,
a todo correr, se mete
en la mayor de las rucas.
Tinieblas, silencio. El lar,
con tenue rescoldo, alumbra . . .
De improviso, el claroscuro,
viril silueta y hercúlea
yergue del fondo del sueño
su carne fosca, desnuda.
Como al semidios antiguo,
un basto al fantasma abulta
y ya el fantasma, a dos manos,
lo blande en airosa rúbrica.
Todos se guardan del golpe
y el golpe no llega nunca:
en la cruz de la techumbre
quedóse ahogada su furia.
Vacila el hombrón; repuestos,
los atacantes le acucian;
un estoque toledano
le alcanza al pecho, de punta.
—¡Cogedlo vivo!—Reynoso
vocea, y todos a una,
soltando picas y espadas,
el cuerpo gigante apuñan.
Al mando firme del alma,
el cuerpo se da sin lucha:
como dulce buey, acepta
yugo, carga y ligaduras.

Sacáronlo a cielo raso,
por verle la catadura.
El aro de rucas baila
cueca de hollín y de púrpura.
Es un hombre ancho de pechos,
escurrido de cintura;
su carne, en bullón de azófar,
normas de macho coagula.
El rostro se borra, en cambio,
tras un antifaz de arrugas,
a cuya urdimbre se asoman
dos presos a su clausura:
dos ojos dispares, uno,
como hueso de aceituna,
menudo y resbaladizo;
el otro, como en las húmedas
lindes del anochecer
redonda y sangrienta luna...
Los españoles alzaron
trofeo de voces súbitas.
—¡Caupolicán!—esculpieron
los ecos, bajo sus cúpulas.
Mas, ya en la gloria, el acaso,
jugando con la fortuna,
baraja el naipe: el as de oros
asoma su pinta rubia.